

LETRAS EN LA NIEVE

UN FILANDÓN LITERARIO

«Palabras de la nieve, pueden ser designaciones metafóricas muy expresivas del paisaje del filandón».

Los narradores toman el pulso a lo que alguien denominó la intimidad del (río, esa atmósfera interior que es como el refugio donde nos guardamos de la adversidad que la vida siempre impone, la atmósfera del relato que prende en la sensibilidad de quien cuenta y quienes lo escuchan... El hilo de la existencia, la trama de la realidad, el esfuerzo de la palabra narrativa que contiene el placer de la invención.

«*Filandón*» es una vieja palabra dialectal leonesa de etimología latina, derivada de «*filum*», hilo, que designa las reuniones nocturnas en que las mujeres hilaban, mientras los asistentes se contaban historias. Eran reuniones vecinales, invernales, en las cocinas de algunas casas, y el escenario fácilmente remite a esa imagen de lo que se cuenta al amor de la lumbre. Reunirse para contar, acudir a la espontánea convocatoria para escuchar esos cuentos de la vida, esos cuentos del mundo, tenía un componente ritual en los filandones, y en tantos ámbitos parecidos, derivados de las culturas campesinas.



foto: EFE

En el escenario del filandón, en las reuniones vecinales nocturnas, invernales, la palabra oral, la de la infancia de la literatura, la que se perpetúa en la repetición que ahorma la memoria comunal, brilla como un bien primigenio que cuenta el mundo, que inventa, consuela, perturba, emociona, entretiene. Es la palabra que nos defiende de la muerte en su apuesta por la explicación del hecho de vivir, de poder entender lo más insondable y misterioso de lo que somos o, al menos, de poder percibirlo.

Esas formas de la reunión narradora se expanden, además, casi como arquetipos de lo que la palabra narrativa concita, y es prueba de ello su reflejo en las grandes colecciones que van comunicando las sucesivas culturas, desde los cuentos egipcios a los cuentos griegos y latinos, desde el *Pantchatantra* y el *Somadeva* a *las Mil y una noches*, ese fluir narrativo que llega desde la baja latinidad al Renacimiento y que acaba fructificando en colecciones como *El libro de Patronio y el conde Lucanor*, *El De-camerón* o *Los cuentos de Canterbury*.

Texto adaptado del prólogo escrito por el apócrifo Sabino Ordas para el libro *Palabras en la Nieve* (2007)



- **Día 21 de Septiembre**, martes, **en Ponferrada:**
Biblioteca Municipal de Ponferrada
Gran Vía del Reino de León, 22.
- **Día 22 de Septiembre**, miércoles, **en Benavente:**
Centro de Cultura La Encomienda
Plaza de la Encomienda, s/n.
- **Día 19 de Octubre**, martes, **en Zamora:**
Centro Cultural La Alhondiga
Plaza de Santa Ana, 7.
- **Día 20 de Octubre**, miércoles, **en Salamanca:**
Centro Cultural Casino de Salamanca, Palacio de Figueroa.
C/ Zamora, 11-15.

Todas las sesiones comenzarán a las 20.00 horas. Entrada libre hasta completar el aforo de las salas.

Organiza:

Consejería de Cultura y Turismo (Junta de Castilla y León)

Con la colaboración de:

Editorial Everest

Ayuntamiento de Ponferrada

Ayuntamiento de Benavente

Ayuntamiento de Zamora

Asociación Cultural Casino de Salamanca

José Luis Mateo Díez

Nace en la Villablino (comarca de la Lacia - León) en 1942. En 1961 se traslada a Madrid a estudiar Derecho, carrera que finalizó en la Universidad de Oviedo.

Vinculado con la *Revista Literaria Claraboya* (1963 – 1968), su primer libro de cuentos, *Memorial de hierbas*, apareció en 1973. Más tarde se fueron sucediendo sus novelas: *Las Estaciones Provinciales* (1982); *La Fuente de la Edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica; *Apócrifo del clavel y la espina* (1988); *Las horas completas* (1990); *EL expediente del naufrago* (1992); *Camino de perdición* (1995); *La mirada del alma* (1997); *El paraíso de los mortales* (1998); *Días del Desván* (1999); *Fantasmas del invierno* (2004) y *La gloria de los niños* (2007).

Sus fábulas están reunidas en los libros *El diablo meridiano* (2001); *El eco de las bodas* (2003) y *El fulgor de la pobreza* (2005). Y todos sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006).

En 2003 publica *El reino de Celama* (2003) obra que reúne sus tres novelas ambientadas en un lugar imaginario del mismo nombre.

En el año 2000 obtiene el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica con su novela *La ruina del cielo* (2000). Entre otros galardones también cuenta en su haber con el Premio Miguel Delibes, y el Castilla y León de las letras.

Luis Mateo Díez es miembro de la Real Academia Española (ocupa el sillón correspondiente a la letra «I») y Patrono de Honor de la Fundación de la Lengua Española.

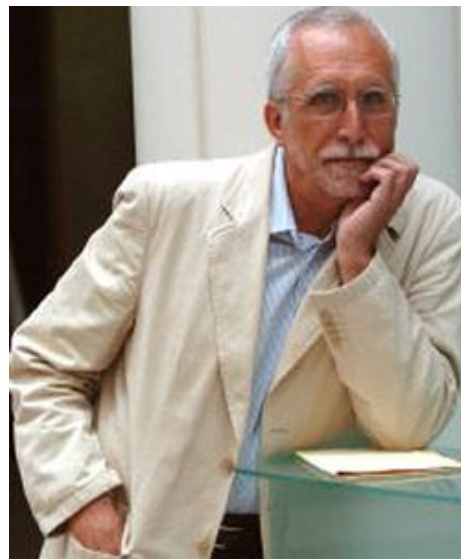


foto: Paco Campos



José María Merino

Aun teniendo sus raíces familiares en tierras leonesas, nace en A Coruña en 1941. Regresa a León donde reside durante su infancia y parte de su adolescencia, quedando estas vivencias de la infancia de los años 40 y 50, y su aprendizaje de lo imaginario, reflejadas en su libro de memorias *Intramuros* (2004). Se traslada a Madrid, donde cursa los estudios de Derecho, licenciatura que obtiene por la Universidad Complutense.

Comenzó escribiendo poesía, reunida en 2006 bajo el título *Cumpleaños lejos de casa*, dedicándose posteriormente a la narrativa. Con *Novela de Andrés Choz* obtuvo en 1976 el Premio Novelas y Cuentos, el primero de una serie de galardones entre los que se encuentran también el Premio de la Crítica, el Premio Nacional de Literatura Juvenil, el Premio Miguel Delibes de Narrativa, el Premio NH de relatos, el Premio Ramón Gómez de la Serna y el Premio Gonzalo Torrente Ballester.

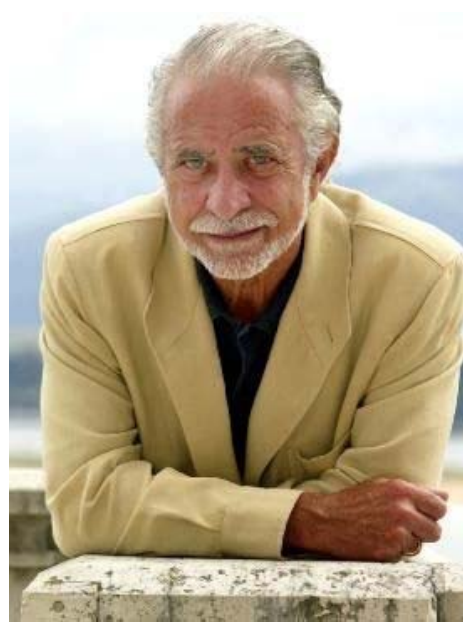


foto: EFE

Entre sus novelas destacan *La orilla oscura*; *El caldero de oro*; *El centro del aire*; *Las visiones de Lucrecia*; *El heredero* o *El lugar sin culpa*.

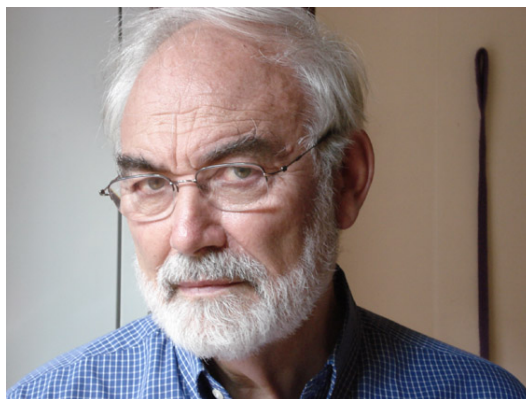
En *50 cuentos y una fábula* recoge todos los cuentos publicados hasta 1997 a los que añadiría en 2004 *Cuentos de los días raros*. Sus micro-relatos han sido agrupados en 2007 en el libro *La glorieta de los fugitivos*, así como sus ensayos literarios bajo el título de *Ficción continua*.

En Marzo de 2008 ingresa en la Real Academia de la Lengua Española, ocupando el sillón correspondiente a la letra «m». Es Patrono de Honor de la Fundación de la Lengua Española y Presidente Honorífico de la Fundación del libro infantil y juvenil Leer León.



Juan Pedro Aparicio

Nace en León en 1941, ciudad, clave en su creación literaria, donde transcurre su infancia y adolescencia y cuyas vivencias ha recreado en *Qué tiempo tan feliz* (2000). Estudió Derecho en las Universidades de Oviedo y Madrid, así como cursos de Periodismo en la antigua Escuela Oficial. Ha vivido durante algunos años en Inglaterra, donde ha sido director del Instituto Cervantes en Londres.



Escritor que cultiva la novela, el ensayo, el artículo periodístico, el relato corto y el libro de viajar, es entre los años sesenta y setenta cuando se va afianzando su vocación literaria. A finales de los setenta participa en una peculiar aventura creativa: junto con los también jóvenes escritores Luis Mateo Díez y José María Merino da vida a un apócrifo colectivo llamado *Sabino Ordás*, que representa la tradición cultural liberal perdida tras el exilio republicano, al tiempo que da voz reivindicativa a una nueva forma de hacer novela que reniega del experimentalismo en boga y reivindica lo lúdico, lo imaginario y lo local como cauce a lo universal.

En el significativo año de 1975 se da a conocer con su primer libro de relatos *El origen del mono y otros relatos*, siguiendo a este, en 1981, su primera novela *Lo que es del César*. En 1989 gana el Premio Nadal de Novela por *Retratos de ambigú*.

Otras obras debidas a su pluma son: El año del francés (1986); La forma de la noche (1994); Malo en Madrid o el caso de la viuda polaca (1996); El Viajero de Leicester (1997); La Gran Bruma (2001); y los libros de cuentos La vida en blanco (2005) y La mitad del diablo (2006). Su obra El Transcantábrico (1982) ha inspirado la puesta en marcha del tren turístico con el mismo nombre.



Presenta e introduce el Filandón:

Alfonso García Rodríguez

Nace en Santa Lucía de Gordón, León, en 1946. Es Licenciado en Filosofía, Graduado Social, Diplomado en Literatura Infantil y Juvenil. Después de residir durante años en Europa, regresa a España para dedicarse profesionalmente a la Docencia y el Periodismo, ámbito en el que ha obtenido múltiples reconocimientos, entre ellos un Premio Nacional de Radio. Cofundador de la revista poética *Alcance* (creación y estudios), en 1985 funda, y dirige desde entonces, el Suplemento de Cultura *Filandón*, de *Diario de León*. Fue distinguido en el año 2004 con el Premio Nacional de Fomento a la Lectura, subrayando el jurado, entre las razones de la concesión, su interés por la lectura entre los sectores más jóvenes de la población. Fue Director del Instituto Leonés de Cultura (2000-2004). En julio de 2008 es nombrado Experto del Observatorio Nacional de la Lectura y el Libro de España. Todas estas actividades las ha compartido con la Enseñanza de Literatura Española durante cuatro décadas.



Ha compartido, además de otras muchas publicaciones, la dirección de cuatro Congresos Internacionales sobre Literatura Leonesa Actual, la «Biblioteca Leonesa de Escritores», con más de medio centenar de títulos, y la historia de la literatura titulada *El Siglo de Oro de las Letras Leonesas*. Ha publicado más de una docena de libros: de creación para jóvenes (*Un colegio redondo de cristal; Paniplús, el elefante...*), de divulgación (*Música y poesía para niños; José Martí. Hombre y poeta; Antología de poetas españoles; Antología de poetas hispanoamericanos; Leyendas de León. Pasado mítico de una tierra...*), guías (*León y Provincia; El Camino de Santiago, Patrimonio de la Humanidad...*), colectivos (*Vela Zanetti (1913-1999); Relatos a la luz de la farola; Si me quieres escribir; Luz en la sombra; 30 años, 30 autores; Camino entre estrellas; Narraciones de la escuela; Poemas en el Claustro; Poesía para Vencejos...*).

Es asiduo invitado, tanto en España como en América, en conferencias, cursos y congresos sobre literatura y nuevos lectores, promoción de la lectura, y nuevos lenguajes y periodismo...



EL FILANDÓN, UNA FIESTA DE VECINDAD y MEMORIA COLETIVA

LA ORALIDAD EN LOS RIENO DE LA NIEVE Y EL FRIO

por Alfonso García

No hace aún un año el Presidente del Bureau Internacional de España entregó al Alcalde de León el diploma que reconoce al *Filandón* de León como uno de los diez Tesoros Inmateriales de España después de una votación a nivel de todo el Estado. Se instaba entonces a preservarlo «como depositario de esta herencia colectiva» y se subrayaba la importancia de los bienes inmateriales como “puertas de entrada al conocimiento”.

En 1984 el director de cine Chema Sarmiento produjo la película *El Filandón*, que engarza, con lenguaje cinematográfico sobre historias literarias, una serie de cinco secuencias narrativas surgidas de un filandón recreado de forma muy original. Cinco escritores –Luis Mateo Díez, Pedro Trapiello, Antonio Pereira, José María Merino, Julio Llamazares– recuperan la tradición del filandón para atender la petición de San Pelayo, el santo cuentista.

Recientemente, tres escritores –Luis Mateo Díez, José María Merino, Juan Pedro Aparicio– han renovado los tradicionales encuentros mediante lo que llaman «filandones postmodernos» –*Letras en la nieve* es su referente identificador–, en una gira sorprendente por España y América en la que narran historias breves creando un ambiente mágico y especial que consigue que la palabra se convierta en la protagonista de un espectáculo sencillo.

Desde hace veinticinco años el suplemento *Filandón*, del Diario de León, concita las referencias culturales de aquellas tierras, con la conciencia clara de creer que lo universal está en las raíces de lo particular cuando se borran las fronteras.

Este contexto inicial confirma el hecho de cómo la literatura está volviendo a sus orígenes, a la oralidad, agobiada quizá por esa sustitución que se está haciendo en el mundo en que vivimos de las cosas por los sueños.

Cantamos lo que perdemos, dijo Machado. Pero, ¿qué es lo que hemos perdido, en este caso?

El calendario festivo anual tiene unos condicionantes geográficos y climáticos incuestionables, al margen de creencias, labores y herencia recibidas. Los de León –y otras regiones montañosas del noroeste peninsular, seguramente de otras latitudes– tenían, hasta hace muy poco tiempo, los inconvenientes de la orografía, la nieve y el frío. No es de extrañar que la fiesta invernal por antonomasia, al margen de otras puntuales, fundamentalmente religiosas, fuera el *filandón*, definido por el Diccionario de la RAE como «reunión nocturna de mujeres para hilar y charlar». Pero hay que añadir mucho más: se trata de reuniones en la cocina de una casa (a veces, más de una) de los vecinos del pueblo, o de algunas familias, después de la cena (la diversidad de casas y pueblos explicará, por ejemplo, las variantes de romances, cuentos o leyendas). En otras ocasiones, el lugar de celebración podía ser la cocina de leña, siempre, eso sí, en torno al *llar*, el elemento primigenio en que se conservaba el fuego, rodeado por los escaños. Los tiempos, lógicamente, posibilitaron sucesivos cambios de escenario. Incluso se rotaban a veces las casas. La economía, el calor, la vecindad, la oralidad, sustentaban básicamente el entramado de estas fiestas. Allí los asistentes



contaban cuentos, historias, cantaban canciones tradicionales, recitaban y cantaban romances, sin que faltasen las críticas, las noticias, anécdotas y chascarrillos de lugar. No faltaban los chistes, las adivinanzas, la lectura de algún pasaje de los escasos libros que existían entre una población esencialmente analfabeta... El musicólogo Miguel Manzano llamó «torneos músico - verbales» a las burlas cantadas que se dirigían sobre todo los jóvenes, a veces improvisadas, compitiendo en ingenio, agudeza y rapidez. También se organizaban otros entretenimientos, como los juegos de cartas. Mientras ocurría todo esto, las mujeres hilaban –en algunos casos, también los hombres– o cosían y los hombres trenzaban el mimbre o remataban madreñas, arreglaban algunas herramientas o fabricaban pequeñas piezas de madera... En definitiva, la vieja fórmula de compartir presencia y cultura, sin que tampoco faltasen castañas y vino, anís o coñac cuando las cosas estaban un poco menos mal.

(Hago, de pasada, una observación curiosa: parece ser que también los hombres hilaban en algún momento, actividad no bien vista, al parecer, pues sabemos –y las Ordenanzas de Huergas y El Millar así lo testifican en el siglo XIX– que se prohibió a los hombres asistir al concejo tejiendo calceta. Posiblemente porque el Concejo era cosa muy seria. Esta reunión en que se trataban los asuntos comunitarios es de honda base democrática.

No es de extrañar que el parlamentarismo haya nacido en la capital de la provincia, en las primeras cortes reunidas en San Isidoro el año 1188, tesis que defiende el historiador John Keane: el parlamentarismo no nació en Inglaterra, sino en el Reino de León, cuna de la democracia).

La actividad de hilar dio origen a esta vieja palabra dialectal leonesa, *filandón*, de origen latino. De *filum-i*, hilo, con la *f* inicial latina, como en tantos otros vocablos en estas tierras, *filandón* es la palabra más conocida para referirse a estas reuniones, aunque haya otras muchas para hacerlo según regiones, cuencas, comarcas, incluso pueblos: *fiandón*, *filandera*, *filandar*, *filorio*, *filandare*, *filandeiru*, *hilandera*, *hilandar*, *hilandoiro*, *hilorio*, *hila*, *fila*, *jila* (con aspiración)... El antropólogo José Luis Alonso Ponga afirma que esta expresión de la cultura popular, que en León constituye «una seña de identidad», podría remontarse más allá de la Edad Media. Dada la cultura del aislamiento físico, provocado, como queda dicho, por la orografía, la nieve y la carencia de medios de comunicación audiovisual (televisión, radio), esta fiesta de vecindad y memoria y fiesta colectiva desapareció con la década de los setenta del pasado siglo.

Los filandones tenían lugar en época invernal (octubre/noviembre - marzo/abril), generalmente marcados principio y final por otras fechas de carácter festivo o conmemorativo del ciclo anual: Todos los Santos y Carnaval (Antruejo). El último “de la temporada” se cerraba con una chocolatada, producto presente en estas tierras desde al menos el siglo XVII por la participación de muchos leoneses en la conquista de México. La provincia llegó a tener, a comienzos del siglo pasado, en torno a un centenar de fábricas.

Estas reuniones festivas han quedado descritas en numerosas novelas, generalmente de carácter costumbrista, y diversos documentos. Por citar algunas, entre las primeras, y como simple ejemplo, queden aquí los títulos de *La esfinge maragata*, de Concha Espina, y *Vendimiario*, de Menas Alonso. Y entre los segundos, el artículo “Los montañeses de León”, que Gil y Carrasco publicó en 1839 en el *Semanario pintoresco español*. Leemos en *Vendimiario* (1928): “A él lo que siempre le hizo mucha gracia fue el *hilandón*, sin preocuparse de su origen. Su tío, que de joven vivió por las aldeas, contaba peripecias, la mar de graciosas, de estas diversiones aldeanas. Todas las noches, en determinadas casas, se reunían las mozas (y se reúnen aún) para hacer la labor de hilar unos



cuantos vellones de lana. Después de terminada la tarea entraban los mozos, y, al son de un caldero roto, golpeado con unos palos; a los dulces y milenarios silbidos de una flauta pastoril, y hasta a los acompasados golpes de una pandereta con sonajas, bailaban incansablemente. Cuando se rendían de bailar, algún cuentista relataba hechos y hazañas de bandoleros, brujas y trasgos, o de apariciones, amores y muertes. Cuando Luis contaba diez años asistió a los hilandones. Su primera iniciación sexual fue en uno de estos hilandones”.

Traigo a colación este texto porque, al margen de algún elemento impreciso o muy localizado, añade algunos otros que es necesario subrayar:

Los niños no tenían prohibido el acceso al filandón y simplemente curioseaban por la casa, aunque preferían acudir, cuando podían, a los de mozos y mozas que, en algunos casos, se reunían en casa aparte. Esto, como parece natural, hacía que, en no pocas ocasiones, se apagase el candil o el aguzo para permitir intimidades, besos y tocamientos entre mozos y mozas. No es de extrañar la presencia de una vieja que, además de sabedora de historias y romances, pusiera orden. “De pronto -escribe Martín Granizo (1929)-, una mano alevosa apaga el candil que alumbra aquella escena. Se oyen gritos, risotadas y besos, a los que se mezclan las imprecaciones de la vieja, quien parece que quiere enfadarse (...).”

Es verdad que, con frecuencia, los filandones acababan en baile, muchas veces en el portalón de los carros. Cortejar a las mozas fue actividad esencial en todos los tiempos y culturas. Y que de aquí, en una estructura social cerrada, surgieran muchos noviazgos era algo normal. Hasta que fuesen oficiales, el ingenio que la memoria de la oralidad nos ha transmitido llegaba a versos tan curiosos como éstos:

*Cuando vengas a verme,
ven por lo oscuro,
para que crea mi madre
que eres el burro.*

El baile se amenizaba con los instrumentos tradicionales característicos de cada comarca (zanfona, acordeón, gaita...), aunque el tamboril y la pandereta fuesen los más habituales, al margen de materiales incorporados a estos fines musicales: calderos, botellas labradas...

Todas estas reuniones, institucionalizadas en la vida cotidiana y con una función de socialización muy importante en donde la alegría era la nota, sin duda, más importante, preocuparon a las autoridades, a los poderosos y a la Iglesia. Ésta intentó prohibirlos, según infinidad de documentos. Veamos dos ejemplos: “Libro de cuentas de la Iglesia de este lugar de Trobajo. Año 1723”. “(...) informando el visitador que en muchos lugares por las noches se juntan a



los filandeiros concurriendo algunos mozos de que se originan graves ofensas a Dios Nuestro Señor con detrimento de las almas, por que su Ilustrísima [el Obispo] prohíbe dichos filandeiros y sólo permite pueda concurrir una vecina con otra sin admitir mozos y lo cumplan así pena de dos ducados aplicados para la luminaria de dicha Iglesia”.

Tabladas, 1729. Auto de visita del Obispo de Astorga José Bermúdez: “Manda S. Ilustrísima al cura evite el pernicioso abuso de los filandones en los que concurren mozos y mozas de este lugar y demás barrios de su Feligresía, pena de Excomunió n Mayor. Y en adelante no se presenten en casa o casas que acostumbran hacer semejantes diversiones. Y el dueño o habitador de las referidas casas que las permitiese, el cura los evite de los Divinos Oficios y les saque de multa, la primera vez, seis reales, y doce por la segunda. Y si se llegase a la tercera su contumacia le remita preso a la cárcel de la Corona de Astorga y lo mismo ejecute con las personas que concudiesen a las referidas casas, sacándoles la mitad de la multa antecedente y todo se aplique por la luminaria del Santísimo. Y por todo lo referido se le concede al cura la facultad necesaria con la de excomulgar y absolver”.

Queda bien claro. Pero de todos es sabida la extraordinaria dificultad de desarraigar las costumbres del pueblo, sobre todo cuando tienen hondas raíces y significan la expresión del común, donde se transmitía oralmente la vida, la fiesta, los sentimientos, los mitos, el misterio y los sueños. Las historias, creencias y conocimientos se transmitían exclusivamente por la palabra. Tampoco la Iglesia pudo con los filandones, y hubo de acabar aceptándolos con la condición de que también allí se rezasen algunas oraciones y el rosario (por cierto, costumbre esta última que pervivió como referencia de la religiosidad popular). Sólo pudo con los filandones el tiempo, la inexorable tempestad que pone fin a las cosas y las costumbres: la radio, y más tarde la televisión, los hirieron de muerte. Estaban empezando a morir, en realidad, unos modelos de vida que daban paso a los nuevos tiempos.

Las reuniones para contar y compartir tiempo y calor, especialmente en los reinos de la nieve y el frío, se dieron y se dan, sin lugar a dudas, en todas las culturas y en todos los tiempos. Pero no es por ello menos cierto que esta tradición “es sin duda –afirman Emilio Gancedo y Diego José González (*Tradición oral*, “Biblioteca leonesa de tradiciones”, número 12. Diario de León, 2008. 160 pp.) – una de las más completas y complejas creaciones de la cultura y el modo de ser leonés”. Por varias razones que ahora sería prolijo enumerar y analizar. Subrayamos dos. La primera tiene que ver con el carácter oral de la literatura leonesa, en cuanto que requiere –según afirma Miguel Díez– de “la combinación de la palabra hablada como forma de transmisión y de la memoria como sistema de archivo”. No es de extrañar que buena parte de la amplia y magnífica nómina de escritores leoneses actuales estén vinculados y deban tanto a la oralidad.

En segundo lugar hay que hablar de la pervivencia de esos archivos vivos de la memoria. Muchas de las personas que asistieron a la muerte de los filandones eran depositarias de esa tradición oral en ellos aprendida y transmitida de generación en generación. Son el resultado del ejercicio colectivo de la memoria mantenida durante siglos. Y en no pocos casos, teniendo en cuenta la riqueza inmensa de esta oralidad –posiblemente, una de las zonas más ricas del mundo occidental–, se llegó a tiempo para recuperar, aunque sólo una parte, de forma metódica y rigurosa en la mayoría de los casos, archivada hoy definitivamente en papel y/o documentos sonoros. (Es siempre momento idóneo para aludir a la notable carencia en el asunto de archivos inmateriales, a pesar de la riqueza de la



tradición oral. Decirlo aquí es subrayar que, en general, América aún está a tiempo, para lo que es necesario establecer globalmente un sistema de recogimiento e interpretación a fin de que no se lamente algún día). Recordar tres o cuatro obras en este sentido, al margen de muchas otras parciales (es referencia obligada *La voz viva*, de Marta Andrés Nistal. Centro de Cultura Tradicional Ángel Carril, Salamanca, 2009. 586 pp. Esta magnífica obra, una importante contribución al estudio de la tradición oral en España, Premio de Investigación Etnográfica Ángel Carril, transcribe y analiza la tradición literaria oral en una sola localidad, Villamuñío, tema en el que la autora trabajó durante más de dos décadas), es hablar del patrimonio que supusieron aquellas fiestas pobres, limitadas, sencillas pero populares, que, a la larga, se han convertido en un valor antropológico y etnográfico de indudable interés y hondo calado:

- *Romancero general de León* (vols. I y II), D. Catalá y M. de la Campa. Seminario Menéndez Pidal. CXXXVI – 474 y 428 pp.
- *Cuentos tradicionales de León* (vols. I y II) J. Camarena. Seminario Menéndez Pidal. 426 y 362 pp.
- *Cancionero leonés*, Miguel Manzano. 6 volúmenes, que contienen 2.240 documentos musicales.

Por otro lado, están a punto de aparecer, resultado de una beca y muchos años de investigación, dos volúmenes sobre *Leyendas*, de José Luis Puerto, que va completando el amplio escenario, ya muy limitado, de lo que fue la tradición oral en estas tierras de nieve y frío.

Concluyo con la reflexión tan reiterada sobre la necesidad de difundir todo este trabajo realizado sobre la oralidad. Y es que la cultura como enriquecimiento personal no se hereda. Pero se aprende de muy diversa manera. Nosotros tenemos la obligación de ofrecer a la sociedad algunas de esas maneras de acceso.

[Del libro colectivo *Fiestas y Rituales*, pp. 158-166,
Memorias del X Encuentro para la Promoción y Difusión
del Patrimonio Inmaterial de Países Iberoamericanos,
celebrado en Lima, Perú, en noviembre de 2009]

